



CAPÍTULO VII

Los «Anarquistas»

PERO quiénes eran esos anarquistas de quienes Brissot habla tanto y cuyo exterminio pide con tanta ira?

Ante todo, los anarquistas no constituían *un partido*. En la Convención había la Montaña, la Gironda y la Llanura, o el Pantano, o el Vientre, como se decía entonces; pero no había «los Anarquistas». Danton, Marat y aun Robespierre, o algún otro de los jacobinos, podían algunas veces marchar con los anarquistas; pero éstos se hallaban fuera de la Convención: se hallaban, necesario es decirlo, sobre ella; la dominaban.

Los anarquistas eran revolucionarios diseminados por toda la nación; hombres completamente dedicados a la Revolución, que comprendían su necesidad, que la amaban y por ella trabajaban.

Muchos de ellos se agruparon alrededor del Municipio de París,

porque todavía era revolucionario; otros pertenecían al club de los Franciscanos; algunos iban al club de los Jacobinos; pero su verdadero terreno era *la sección*, y sobre todo la calle. Veíaseles en las tribunas públicas de la Convención, desde donde dirigían los debates: su modo de acción era la opinión *del pueblo*, no «la opinión pública» de la burguesía; su verdadera arma, la insurrección, y con ella ejercían influencia sobre los diputados y sobre el poder ejecutivo.



SOLDADO DE LA PRIMERA REPÚBLICA

Cuando era preciso dar un empuje, inflamar al pueblo y marchar *con él* contra las Tullerías, ellos prepararon el ataque y combatieron entre sus filas. El día en que se agotó el impulso revolucionario del pueblo volvieron a la obscuridad, y únicamente quedan los iracundos escritos de sus adversarios para permitirnos reconocer la inmensa obra revolucionaria por ellos realizada.

Sus ideas eran claras y concretas.

¿La República? ¡Sí! ¿La igualdad ante la ley? ¡Confor-

mes! Pero eso no era suficiente, ni mucho menos.

¿Servirse de la libertad política para obtener la libertad económica, como recomendaban los burgueses? ¡No; los anarquistas sabían que eso es imposible!

Los anarquistas querían *la cosa misma*. LA TIERRA PARA TODOS, lo que se llamaba entonces «la ley agraria»; *la igualdad económica*, o, para hablar el lenguaje de la época, «la nivelación de las fortunas».

Pero véase lo que escribió Brissot:

«Ellos son quienes han dividido la sociedad en dos clases, la que

tiene y la que no tiene, la de los *descamisados* y la de los *propietarios*, y han excitado la una contra la otra.

» Ellos son, continúa Brissot, quienes bajo el nombre de secciones, no han cesado de fatigar a la Convención con peticiones para fijar el *máximum* de los granos.

» Quienes envían a todas partes emisarios para predicar la guerra de los descamisados contra los propietarios, y la necesidad de nivelar las fortunas.

» Quienes provocaron la petición de esos diez mil hombres que se declaraban en insurrección permanente si no se taba el trigo, y que por todas partes suscitan insurrecciones.»

He ahí sus crímenes: dividir la nación en dos clases, la que tiene y la que carece de todo; excitar la una contra la otra; exigir pan, pan ante todo para los que trabajan.

¡Grandes criminales! ¿Pero, qué sabio del siglo XIX ha inventado cosa mejor que esta demanda de nuestros antepasados de 1793: «Pan para todos»? ¡Muchas palabras hoy; menos acción!

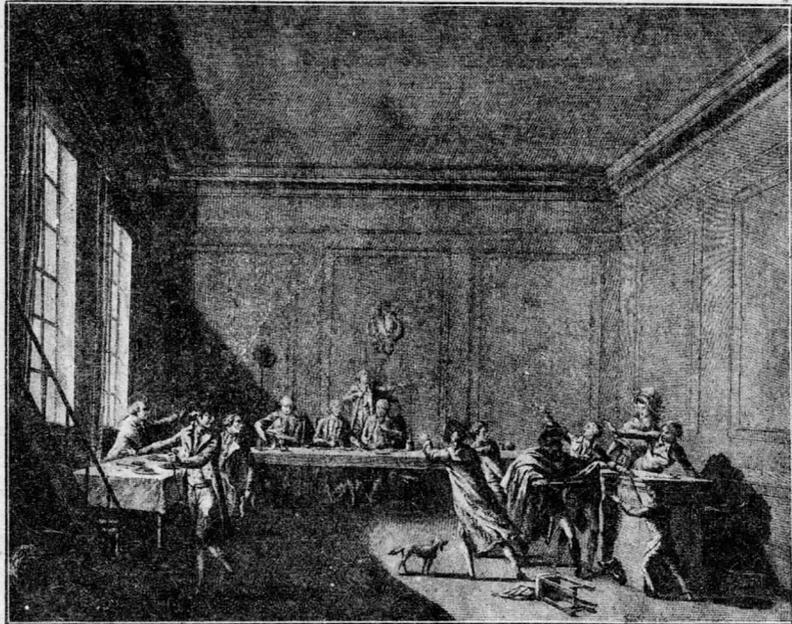
He aquí los procedimientos de los anarquistas para la ejecución de sus ideas, según Brissot:

«La multiplicidad de los crímenes se produce por la impunidad; la impunidad, por la parálisis de los tribunales; y los anarquistas protegen esta impunidad, paralizan todos los tribunales. sea por el terror, sea por denuncias y acusación de aristocracia.



SANTERRE — COMANDANTE DE LA GUARDIA NACIONAL PARISIENSE

»De los atentados repetidos en todas partes contra las propiedades y la seguridad individual, dan ejemplo cada día los anarquistas de París; y sus emisarios particulares y sus emisarios condecorados con el título de comisarios de la Convención, predicán por toda la nación la violación de los derechos del hombre.»



ASESINATO DE LE PELLETIER, EL 20 DE ENERO DE 1793
Ó 30 NIVOSO, AÑO I DE LA REPÚBLICA

(De una estampa de la época)

Menciona después Brissot «las eternas declamaciones de los anarquistas contra los propietarios o mercaderes, que designan con el nombre de monopolizadores o logreros»; habla de «los propietarios designados incesantemente al hierro de los bandidos», del odio que tienen los anarquistas a todo funcionario del Estado: «En cuanto un hombre, dice, ocupa una plaza, se hace odioso al anarquista, parece culpable.» Y con motivo, diremos.

Pero lo admirable es la enumeración de los beneficios del «orden», expuesta por Brissot. Se ha de leer ese pasaje para comprender lo

que la burguesía girondina hubiera dado al pueblo francés, si los «anarquistas» no hubieran impulsado la Revolución.

«Considérese, dice Brissot, los departamentos que han sabido encadenar el furor de esos hombres; considérese, por ejemplo, el departamento de la Gironda. *El orden ha reinado allí constantemente*; el pueblo se ha sometido allí a la ley, *aunque pagase el pan hasta diez sueldos la libra...* Como que en ese departamento se ha desterrado a los predicadores de la ley agraria; como que los ciudadanos han cerrado el club en que se enseñaba... etc. (el club de los Jacobinos).»

Y esto se escribía dos meses después del 10 de agosto, cuando el menos inteligente no podía dejar de comprender que si en toda Francia el pueblo «se hubiera sometido a la ley, aunque pagara el pan hasta diez sueldos la libra», no hubiera habido Revolución, y la monarquía, que Brissot parecía combatir, lo mismo que el feudalismo, se hubiera prolongado quizás un siglo más, como en Rusia (1).



RETRATO MORTUORIO.
DE LE PELLETIER DE SAINT-FARGEAU

(1) Luis Blanc ha definido exactamente a Brissot diciendo que era de esos hombres que son «hoy republicanos anticipados, y mañana revolucionarios rezagados», gentes que carecen de fuerza para seguir al siglo después de haber tenido la audacia de anticiparse. Después de haber escrito en su juventud: *la propiedad es el robo*, su respeto a la propiedad llegó a ser tal, que al día siguiente del 4 de agosto censuró a la Asamblea por haber lanzado sus decretos contra el feudalismo, y esto en el momento en que los ciudadanos se abrazaban en la calle para felicitarse por aquellos decretos.

Ha de leerse a Brissot para comprender todo lo que preparaban los burgueses de entonces para Francia, y lo que los brissotinos del siglo XX preparan todavía en todas partes donde ha de estallar una revolución.

«Las turbulencias del Eure, del Orne y de otras comarcas, decía Brissot, han sido causadas por las predicaciones contra los ricos, contra los monopolizadores, por los sermones sediciosos sobre la necesidad de tasar a mano armada los granos y todos los artículos alimenticios.»



LE PELLETIER DE SAINT-FARGEAU

A propósito de Orleans, refiere Brissot: «Desde el principio de la Revolución gozaba esta ciudad de una tranquilidad que no había sido alterada por las perturbaciones suscitadas en otras partes *por la escasez del trigo*, aunque ella fuera el depósito general... Esa armonía entre pobres y ricos no se conformaba con los principios de la anarquía; y uno de esos hombres para quienes el orden es la desesperación y la turbulencia su objeto único, se ha apresurado a romper esa feliz concordia, excitando a los descamisados contra los propietarios.»

«Es todavía la anarquía, exclama Brissot, la creadora del poder revolucionario en el ejército. Es ya evidente el tremendo daño que ha causado en nuestros ejércitos esa doctrina anarquista, que, *a la sombra de la igualdad de los derechos, quiere establecer una igualdad universal*, Y DE HECHO, azote ésta de la sociedad, tanto como la otra es su sostén. Doctrina anárquica que quiere nivelar talentos e ignorancia, virtudes y vicios, posiciones, tratamientos, servicios.»

He ahí lo que los brissotinos no perdonaron jamás a los anarquistas: la igualdad *de derecho* puede pasar mientras no llegue a ser *de hecho*. Brissot hubiera abismado con su cólera a aquellos cavadores del campo de París que osaron pedir un día que se igualaran su salario y el de los diputados. ¡Qué horror! ¡Brissot y un cavador iguales, no sólo *en derecho*, sino *de hecho*! ¡Oh, miserables!

¿Cómo habían llegado los anarquistas a ejercer tan gran poder, a dominar hasta la terrible Convención, a dictarle sus decisiones?



ASESINATO DE BASSEVILLE EN ROMA, EL 13 DE ENERO DE 1793

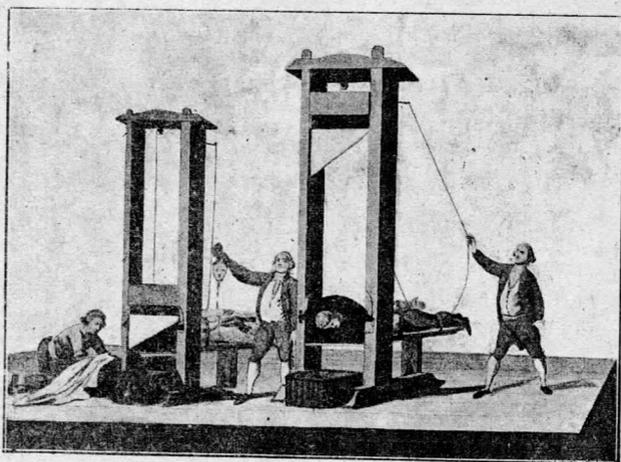
Brissot lo refiere en sus folletos. Desde *las tribunas*, dice, *el pueblo* de París y el Ayuntamiento dominan la situación y fuerzan la mano a la Convención cada vez que se le hace tomar alguna medida revolucionaria.

Al principio, dice Brissot, la Convención era muy prudente. «La mayoría, pura, sana, amiga de los principios, dirigía incesantemente sus miradas a la ley.» Se acogían «casi unánimemente» todas las proposiciones que tendían a humillar, a aniquilar «los fautores de desorden».

Compréndese qué resultados podían esperarse de aquellos representantes que dirigían incesantemente sus miradas a la ley real y

feudal. Afortunadamente surgieron los anarquistas, quienes comprendieron que su lugar no estaba en la Convención, en medio de los representantes, sino *en la calle*; que si algún día ponían el pie en la Convención no sería para parlamentar con las Derechas ni con «los sapos del Pantano», sino para exigir algo, sea desde lo alto de las tribunas, sea invadiendo la cámara con el pueblo.

De esa manera, poco a poco, «los bandidos (Brissot habla de «los anarquistas») han levantado audazmente la cabeza. De acusados



LA GUILLOTINA EN PARÍS

(De una estampa holandesa de la época)

se han transformado en acusadores; de espectadores silenciosos de nuestros debates se han convertido en los árbitros». «Estamos en revolución», tal era su respuesta.

Lo cierto es que aquellos a quienes Brissot llamaba «los anarquistas» veían más lejos y mostraban una prudencia política superior a la de los que pretendían gobernar a Francia. Si la Revolución se hubiera terminado con el triunfo de los brissotinos, sin abolir el régimen feudal ni devolver la tierra a los municipios, ¿dónde estaríamos hoy?

¿Formuló Brissot un programa exponiendo lo que los girondinos proponían para poner fin al régimen feudal y a sus consiguientes

luchas? En el momento supremo en que el pueblo de París pidió la expulsión de los girondinos de la Convención, ¿manifestó acaso lo que los girondinos pensaban para satisfacer siquiera una parte de las necesidades populares más urgentes?

¡No, nunca!

El partido girondino resuelve la cuestión con estas palabras: Tocar a las propiedades, sean feudales o burguesas, es hacer obra



BATALIA DE JEMMAPES

de «nivelador», de «fautor de desorden», de «anarquista», y esa clase de gentes deben ser sencillamente exterminadas.

«Los desorganizadores, antes del 10 de agosto, eran verdaderos revolucionarios», escribe Brissot, «porque era necesario desorganizar para ser republicano. Los desorganizadores hoy son verdaderos contrarrevolucionarios, enemigos del pueblo; porque el pueblo es amo ahora... ¿Qué le queda que desear? La tranquilidad interior, puesto que esa sola tranquilidad asegura al propietario su propiedad, al obrero su trabajo, al pobre su pan de cada día, y a todos el goce de la libertad.» (*Folleto del 24 de octubre de 1792.*)

Brissot no podía comprender que en aquella época de escasez,

en que el precio del pan se elevaba hasta seis y siete sueldos la libra, el pueblo pidiera una tasa para fijar el precio del pan. Sólo los anarquistas eran capaces de hacerlo (pág. 19).

Para él y para la Gironda, *la Revolución terminó* en cuanto el 10 de agosto elevó su partido al gobierno. No quedaba más que aceptar la situación y obedecer las leyes políticas que hiciera la Convención. No podía comprender al hombre del pueblo que dijo: «puesto que los



LOS TRES COLORES EN ITALIA

derechos feudales subsisten, puesto que en todas las cuestiones de propiedad territorial reina lo provisional, y el pobre soporta todo el fardo de la guerra, la Revolución no está terminada, y únicamente puede terminarla la acción revolucionaria en atención a la inmensa resistencia opuesta por el antiguo régimen en todo a las medidas decisivas».

Los girondinos no lo comprendían: Sólo admitían una categoría de descontentos: la de los ciudadanos que temían «por su fortuna, por sus goces o por su vida» (p. 127). Todas las demás categorías de descontentos no tenían razón de ser; y sabiendo la incertidumbre

en que dejó la Legislativa las cuestiones del suelo, surge la pregunta: ¿Cómo *era posible* semejante actitud? ¿En qué ficticio mundo de intrigas vivían esas gentes? No se les comprendería si no conociéramos demasiado bien entre nuestros contemporáneos.

La conclusión de Brissot, de acuerdo con todos los girondinos, era la siguiente:

Se necesita un golpe de Estado, una tercera revolución que «des-



¿DE QUÉ OS QUEJÁIS?

... ¡El enemigo amenaza a Francia; os lanzáis contra él y queda aniquilado! ¡ Los pueblos gimen en la esclavitud; os tienden los brazos, y les libráis del yugo que les oprime! ¡ La bandera tricolor cubre con sus pliegues generosas las capitales por vosotros conquistadas!!! ¡ y os quejáis, cuando no hay mortal que no os envidie !!!...

truya la anarquía». Disolver, anonadar el Municipio de París y sus secciones. Disolver los clubs que predicán el desorden y la igualdad. Cerrar el club de los Jacobinos y sellar sus papeles.

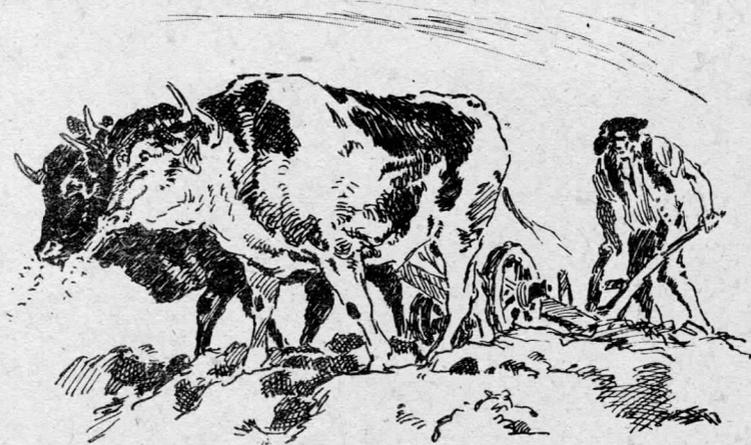
La «Roca Tarpeya», es decir, la guillotina, para el «triumvirato» (Robespierre, Danton y Marat) y para todos los niveladores, todos los anarquistas.

Elegir una nueva Convención, de la que no forme parte ninguno de los diputados actuales; es decir, el triunfo de la contra-

revolución. Un gobierno fuerte, el orden restablecido. Tal era el programa de los girondinos, desde que la caída del rey les llevó al poder y « fueron inútiles los desorganizadores ».

¿Qué habían de hacer los revolucionarios más que aceptar la lucha a muerte?

O detener la Revolución en tal estado, sin acabar, y así comenzaba la contrarrevolución termidoriana quince meses antes, desde la primavera de 1793, antes de la abolición de los derechos feudales.



UNÁNIME ASPIRACIÓN: LA TIERRA PARA TODOS

O expulsar los girondinos de la Convención, a pesar de los servicios que habían prestado a la Revolución mientras fué preciso combatir a la monarquía. Estos servicios no podían desconocerse. — « ¡Oh, sin duda, exclamaba Robespierre en la famosa sesión del 10 de abril, trabajaron contra la corte, contra los emigrados, contra los curas, con mano violenta, pero ¿cuándo? *Cuando habian de conquistar el poder...* Una vez conquistado el poder, su fervor se detuvo pronto. ¡SE APRESURARON A CAMBIAR DE ODIOS!»

La Revolución no podía detenerse sin terminar; debió seguir adelante, pasando sobre sus cuerpos.

Por esa causa, desde febrero de 1793, París y los departamentos revolucionarios sintieron una agitación que produjo el 31 de mayo.